

ÉTICA DEMOSTRADA SEGÚN EL ORDEN COSMÉTICO: RESEÑA DE *FILOSOFÍA DE LA APARIENCIA FÍSICA*

*ETHICS DEMONSTRATED IN COSMETIC ORDER:
REVIEW OF FILOSOFÍA DE LA APARIENCIA FÍSICA*

Álvaro Ledesma de la Fuente
10.26754/ojs_arif/arif.202318734

Álvarez Solís, Á. (2021): *Filosofía de la apariencia física*, Madrid: Taugenit, 326 pp.

Se cuenta que, en el año 156 antes de nuestra era, tres filósofos helénicos —Carnéades, Diógenes de Babilonia y Critolao de Falesis— acudieron a Roma en calidad de embajadores de Atenas. Su misión consistía en rendir cuentas ante el senado por el saqueo y la destrucción de Oropo, así como exonerar a la ciudad griega de la multa de quinientos talentos impuesta como castigo por el crimen de guerra. Los emisarios no convencieron a los romanos, y hubieron de salir a toda prisa de la capital del Lacio. A pesar de su fracaso, el paso de la comitiva por el senado de Roma produjo un efecto inesperado, y es que dio comienzo al romance de las élites patricias con la filosofía griega, que se mantendría hasta más allá del periodo helenístico. Pero el inicio de esta relación entre las dos grandes culturas del mediterráneo no fue solo propiciado por una cuestión erudita, sino también cosmética: al parecer, las barbas y atuendos que lucían los filósofos helenos fueron adoptados como una señal de identidad por aquellos que tenían por oficio transitar el mundo de las ideas.

Esta anécdota ilustra la tesis principal que defiende Ángel Álvarez Solís (Ciudad de México, 1984) en *Filosofía de la apariencia física*. La cosmética y la apariencia física es un asunto profundamente filosófico, y en su seno alberga la relación entre la ética, la estética y la política; además, la tradición del pensamiento occidental no ha prestado a este asunto la debida atención. Así lo defiende Álvarez Solís, que se pregunta por qué los filósofos y filósofas han reflexionado tantas veces y con tanta profundidad acerca del cuerpo, pero tan poco sobre la vestimenta, esa segunda piel artificial que nos define como humanos. Con el fin de remediar este déficit propone una filosofía de la vestimenta: si la teología piensa el cuerpo y la fenomenología examina la carne, el vestido sitúa a los seres dentro del mundo

sensible. Contrariamente al adagio platonizante instalado en el imaginario popular, el ser tan solo es la superficie; esto es, la verdadera esencia es la apariencia.

Filosofía de la apariencia física es un estudio riguroso y erudito, un texto académico que se reivindica como tal. Al mismo tiempo introduce sus contenidos de forma estructurada y orgánica, e invita al lector a pensar en la dimensión triple del análisis que nos propone. Esta tríada se debe a que estamos ante un libro de estética, pero una estética que no se limita a teorizar la belleza en el objeto ajeno al observador, sino que se pregunta por la dimensión estetizante de los elementos que ese mismo sujeto porta y que, además de cubrirlo, proyectan una imagen al mundo en el que habita. La apariencia física es un reflejo claro de la estetización de la vida contemporánea: la elección de cualquier criterio, incluso epistemológico o metafísico, pasa también por un filtro estético. Este texto es además una metafísica en toda regla, un tratado filosófico en la época de las notas críticas y los *papers*, que defiende que la cosmética no es ni un asunto nuevo ni una frivolidad propia de petimetres, sino una dimensión filosófica de primer nivel. La cosmética ha estado presente en la filosofía occidental de todas las épocas: desde las barbas de los enviados helenos hasta los debates contemporáneos sobre la performatividad de la apariencia y el género. No se trata únicamente de la armonía del cuerpo o del rostro, sino que es la piedra de toque de nuestra relación con el mundo. La apariencia física es también una cuestión política, pues esta depende cada vez más de las formas de exposición con la que los sujetos se muestran, articulando así sus identidades. Es por eso que la piel, el género y el rostro están hoy en el centro de las demandas identitarias. Pero además, *Filosofía de la apariencia física* es una ética demostrada según el orden cosmético: el modo de darnos a conocer ante los otros, así como la apariencia que presentamos en esta interacción, constituye toda una declaración de intenciones, consciente o fortuita, acerca de nuestra naturaleza. La apariencia física es la base para la constitución del sujeto ético, que establece su relación con el mundo a partir de la imagen que de sí mismo proyecta. Con la vestimenta se inicia la vida ética, pues es esta la aparición originaria con la que el sujeto se manifiesta ante los otros.

Álvarez Solís da comienzo a su investigación con una premisa potente: aunque todos los seres vivientes disponen de un cuerpo, el acceso a la corporalidad está limitado a los seres humanos. A pesar de que la consciencia de corporalidad solo está presente en el humano, este ser tan solo aparece cuando nos vemos despojados de nuestros ropajes. Esta es la idea principal de “Arqueología del vestido”, primera parte del libro. Aquí somos testigos del recorrido de cómo ha sido nuestra relación con ese componente textil, ajeno a nuestra carne pero que sentimos tan

propio como nuestros propios órganos. El autor suscribe un decidido encomio al cuerpo propio, que es el único instrumento con lo que contamos para habitar el mundo, que encarna nuestra corporalidad y define quiénes somos. A pesar de esta importancia, parece que a lo largo de la historia de la filosofía se haya mostrado un cierto desinterés por la apariencia física, como si todavía fuésemos discípulos de Diógenes de Sinope. La importancia de la vestimenta radica en que sin ella el ser humano parece sin remedio; sin vestimenta, el ser humano pierde el rasgo físico que lo diferencia de los animales. No es el ser humano un mono desnudo, sino un animal vestido, argumenta el autor.

Repasamos las razones antropológicas que explican el surgimiento del vestido: la protección ante los elementos, el pudor y, por último, aunque fundamental, el mejoramiento estético. Estos tres motivos se adecúan a las tres funciones antropológicas de este ornato: protésica, ética y estética. El ser humano es una criatura incompleta, que requiere de múltiples compensaciones culturales para no perecer en el entorno. Esta comprensión de la cultura como herramienta suplementaria, que se da en forma de lenguaje, técnica, y vestido, ha sido planteada desde prismas muy diversos: la *technai* de Platón en el *Protágoras* o la *Antropología en sentido pragmático* de Kant, pasando por Agustín de Hipona o Nicolas de Cusa, en definitiva, una *razón protésica* que ha contado con diferentes grados de aceptación o rechazo.

Una diferencia importante aquí es la que se da entre *vestido* y *vestimenta*. Así como no es lo mismo la desnudez que el estar desnudo, para Álvarez Solís el *vestido* es un símbolo de protección, la barrera que separa al cuerpo de los elementos naturales y los ojos indiscretos. La *vestimenta*, en cambio, es un asunto cultural. Es la síntesis de las codificaciones humanas, que hace posible el contrato social y minimiza el peligro de ser eliminados por los otros. Si el vestido nos da pistas de una antropología empírica, la vestimenta es una auténtica arqueología filosófica. A diferencia de los animales o los dioses, el ser humano es el único que se cambia de ropa. Esta ropa, además de mediar en el intercambio físico entre el interior vulnerable y el ambiente hostil, transmite un mensaje al exterior. Por eso esta segunda piel no es una cuestión menor, sino aquello que nos individualiza como ser con conciencia de sí mismo capaz de pensar en la imagen que proyecta al exterior. En palabras del autor:

es una constante antropológica que supone la historia material y espiritual de las costumbres y las técnicas humanas. [...] Sin vestimenta, el humano no se hubiese consolidado como especie ni hubiese mantenido su control simbólico sobre los animales y las plantas. Sin vestimenta, el *homo erectus* no hubiese abandonado definitivamente el reino animal. Sin vestimenta, no hay mundo humanamente relevante (Álvarez 2021: p. 37).

En la segunda parte de la obra, “Metafísica de la apariencia”, recordamos algunos momentos de la historia de la filosofía en los que se ha prestado atención, ya sea de forma elogiosa o peyorativa, a la dimensión cosmética y apariencial del ser humano. Platón protagoniza un primer desprecio por la apariencia. En *Gorgias* presenta una condena a la apariencia y la cosmética, un prejuicio que todavía está asentado en el imaginario colectivo occidental. Se describe como una técnica perjudicial, falsa, innoble y servil, que no aporta ningún beneficio y que está condenada a vivir en la sombra del engaño. Es llamativo que sean estos mismos adjetivos, acompañados de argumentos muy similares, los que empleaba el filósofo de anchas espaldas para desprestigiar a los sofistas. De la filosofía clásica ateniense nos trasladamos a otras coordenadas, también en el mundo antiguo, para conocer el saber de la *physiognómica*, que consiste en la comprensión del orden natural de los individuos a partir de su apariencia exterior. Según esta práctica, que descubrimos con los peripatéticos del Liceo, la medicina de Galeno o la fisiognomía islámica o *firása*, es posible comprender el cuerpo humano a través de sus rasgos físicos, especialmente los del rostro. Este conocimiento permitiría a su practicante prevenir enfermedades físicas antes de su aparición y detectar las enfermedades morales. La *physiognómica* ejemplifica cómo la reflexión acerca del orden externo de la persona y su identidad profunda ha estado presente desde la sabiduría de la Antigüedad.

En el último apartado del libro, “Ética de la edición de sí”, se actualiza esta relación de la cosmética con las posibilidades que ha abierto la técnica contemporánea en lo que respecta a la apariencia física. Como ya apuntábamos atrás, se ha pensado mucho acerca de las repercusiones éticas y estéticas de la posibilidad de alterar nuestra apariencia, pero no tanto de su dimensión metafísica. La habilidad *quirúrgica* —en su sentido etimológico como *trabajo manual*— del cirujano plástico ha permitido trascender la naturaleza como el límite constituyente del ser, haciendo del artificio y del ornato el ubérrimo lugar de la apariencia. Con el avance de la cirugía cosmética del siglo XX se alcanzó por fin ese objetivo soñado de modificar la carne, que hasta el momento solo había estado permitido a los dioses y las ficciones literarias. Esto supuso una transformación antropológica profunda, pues la posibilidad de editar lo otorgado por la naturaleza abría nuevos horizontes con profundas implicaciones filosóficas. Lo sintético había llegado para alterar la vida del ser humano, y desde entonces nada iba a ser igual para ese bípedo implume.

Las últimas páginas del texto prestan atención a otros campos de la reflexión estética que suelen quedar fuera del discurso, como es la ontología del estilo, el

dandismo, las buenas maneras o la voluptuosidad de los cuerpos. Álvarez Solís hace gala de una escritura inspirada y rigurosa, y analiza los interrogantes de la estética a la luz tanto de los autores de la tradición como de las referencias culturales y filosóficas que hoy prestan atención a estos problemas. La dimensión de la economía política tiene cabida aquí, pues el ubicuo modelo del *empresario de sí mismo* también ha penetrado en los cuerpos contemporáneos, creando a su vez nuevos problemas y desafíos que es necesario abordar con la urgencia y el rigor necesarios. Como el lector de *Filosofía de la apariencia física* podrá comprobar, las dimensiones estéticas, éticas y políticas del ser humano configuran una dialéctica de la apariencia, que proporciona textura y ligazón a la identidad del individuo. Es este el auténtico sentido de la vestimenta que nos introduce esta obra: la clave que nos ayuda a comprender quiénes somos y qué es lo que guardamos debajo de los ropajes en los que vivimos.

Álvaro Ledesma de la Fuente
Universidad de La Rioja
alvaro.ledesma@unirioja.es